

## CAPÍTULO XXII

### SUMARIO

Personas notables que se distinguieron por sus escritos y celo de la Eucaristía; y amor entrañable que tuvieron otras á este adorable Misterio.—**669**. Los vates sacramentales.—**670**. S. Gregorio el Grande.—**671**. S. Fulgencio de Ruspe, y Hesiquio.—**672**. San Leandro y S. Hermenegildo Mr.—**673**. S. Máximo.—**674**. San Juan Damasceno.—**675**. Comas; Teodoro Abucara y el Papa Adriano I.—**676**. Varios reyes españoles.—**677**. Pascasio Radberto.—**678**. Floro.—**679**. Nicolás Mamerano.—**680**. Remigio Antisiodorensis y otros ocho liturgistas.—**681**. Herígero, Esteban Eduense y otros cuatro teólogos.—**682**. S. Pedro Damiano.—**683**. El Beato Lanfranco.—**684**. Guitmundo, obispo.—**685**. El beato Sammone y otros seis teólogos liturgistas.—**686**. Varios reyes de España.—**687**. S. Bernardo y el obispo Alberico.—**688**. S. Anselmo.—**689**. Honorio de Autún.—**690**. Pedro Lombardo.—**691**. Algero de Lieja.—**692**. Odón de Cámara y otros ocho defensores de la Eucaristía.—**693**. Inocencio III.—**694**. Alejandro de Alés.—**695**. Santo Domingo.—**696**. S. Francisco de Asís.—**697**. Durando.—**698**. Santa Clara.—**699**. S. Luis, rey de Francia.—**700**. S. Fernando de Castilla.—**701**. S. Antonio de Padua; la Beata Juliana de Monte Cornillón y la reclusa Eva; Roberto de Lieja y Urbano IV.—**702**. Santo Tomás de Aquino.—**703**. S. Buenaventura y otros cinco respetables escritores.—**704**. Escoto.—**705**. Lira.—**706**. Clemente V.—**707**. Santa Brígida y otros ocho defensores del Sacramento.—**708**. Gregorio XI y otros dos obispos.—**709**. S. Bernardino de Sena.—**710**.

S. Lorenzo Justiniano.—**711**. Fr. Alberto Sarciano y otros seis teólogos.—**712**. S. Juan Capistrano.—**713**. S. Diego de Alcalá.—**714**. Santa Catalina de Bolonia.—**715**. La Loca del Sacramento.

No estuvieron las inteligencias incultas, ni las voluntades indiferentes, ni cruzadas las manos de nuestros ascendientes en la fe, en lo que respecta al honor del Sacramento eucarístico, durante los siglos medioevales. Por el contrario; á medida que la caridad común se resfriaba, y al paso que del seno de la sociedad brotaban arteras herejías que tomaban poderoso incremento, ellos procuraban arrancarlas ó cortarlas, mediante los oportunos medios de que ha dotado Dios á su Iglesia. Y así vemos que en esta Edad de que tratamos hubo más campeones de la Eucaristía, porque fueron también más los satélites del averno que de Ella blasfemaron.

**669**. Debemos ante todo tomar el hilo que dejamos cortado al ocuparnos de los personajes célebres eucarísticos de la Edad Antigua. En este concepto merecen figurar en primera línea los vates sacramentales que de una manera categórica, pero al propio tiempo artística, supieron dar un mentís á los incrédulos de todos los tiempos y manifestar que su fe en la Eucaristía era inmensa. Venancio Fortunato se ocupa de que el Salvador tomó el pan, y que hecho pedazos, y repartido, y consagrado, enseñó á sus discípulos que aquel pan no era ya pan, sino su propio Cuerpo:

Hæc ubi dicta dedit, palmis sibi frangere panem  
Divisumque dehinc tradit, Sanctumque precatus  
Discipulos docuit proprium sibi dedere Corpus (1).

En el siglo IV, Aquilino Juvenco no es menos terminante, al hablar de la especie de vino que, santificada con las palabras del Señor, ya no es vino, sino su divina Sangre que borra los pecados del pueblo.

(1) Lib. IV.  
Tomo IV

Hinc calicem sumit Dominus, vinoque repletum  
 Gratis sanctificat verbis, potumque ministrat.  
 Edocuitque suum se divisisse cruoram,  
 Atque ait: Hic sanguis populi delicta redemit,  
 Hoc potate meum.

Celio Sedulio forma un bello símil entre los hebreos peregrinantes por el desierto, que murmuraban del maná y los herejes de todos los tiempos, que blasfeman de la Eucaristía. Y así dice:

Murmurat impietas manna veniente refecta  
 Pannis adest Christus, murmurat impietas (1)

Pero sobre todos los antiguos vates latinos se muestra el español Marco Aurelio Prudencio Clemente, quien, en versos elegantísimos, á la par que devotos, nos habla de la Eucaristía como sostenedora de la constancia de los mártires, cuyos sagrados huesos se guardaban debajo del altar donde era consagrada, desde cuyo lugar aspiran continuamente las auras de la inmortalidad desprendidas de la Hostia santa. En la pasión de S. Hipólito así se expresa:

Illa sacramenti donatrix mensa, eademque  
 Custos fida sui Martyris adposito,  
 Servat ad æterni spem Judicis ossa sepulcro;  
 Pascit item sanctis Tibricolas dapibus.

Mesa dispensadora del augusto Sacramento, que, cual fiel centinela, guarda los sagrados huesos de su santo mártir.... y sustenta en el ínterin con *santos manjares* á los moradores del Tiber. ¡Qué fe tan profunda; y qué ideas tan luminosas!

**670.** Cual astro de primera magnitud brilla en el VI siglo S. Gregorio el Grande, Pontífice Máximo, de quien dijo S. Ildefonso que «aventajó á Antonio en santidad, á Cipriano en elocuencia y en ciencia al Agustino.» Muertos sus padres, dió sus bienes á los pobres, convirtió su casa

(1) Elegía, V. 30.

en monasterio y abrazó el estado monacal. Sus prendas intelectuales y morales le ascendieron á la dignidad suprema de la Iglesia. La inquebrantable fe que abrigaba para con la Eucaristía fué premiada por el cielo, obrando el Señor en confirmación del dogma eucarístico, y á petición de Gregorio, algunos milagros (1). Como maravilloso parto de su inteligencia legó á la Iglesia el precioso libro, llamado de los *Sacramentarios*, á fin de que hubiese uniformidad en el modo de ser recitadas las oraciones, practicadas las ceremonias y administrados los santos sacramentos.

**671.** Es digno de notarse en el África á S. Fulgencio, obispo de Ruspe, quien, habiendo muerto su padre, y teniendo completados sus estudios, abandonó el tráfigo del mundo y se entró en un monasterio. De la Eucaristía nos dejó preciosos documentos en un libro (2) lleno de unción suavísima, enviado al diácono Ferrando.

Igualmente Hesiquio, presbítero de Jerusalén, hermoseó el cielo del Sacramento con sus comentarios sobre el Levítico.

**672.** Lo que resta de este siglo eucarístico y del siguiente son glorias españolas. S. Leandro, oriundo de Cartagena y hermano de S. Fulgencio, de S. Isidoro y de Sta. Florentina, pasó la mocedad en un monasterio de Sevilla, consagrado á las virtudes de un perfecto religioso. Sus relevantes méritos le hicieron digno del báculo hispalense. Amigo íntimo del citado S. Gregorio, guardaba con él correspondencia afectuosísima. Escribió varias obras, y tuvo la gloria de incrustar una rica perla en el florón eucarístico, mediante la reforma ilustre que hizo de la liturgia mozárabe, la cual aumentó poco después el glorioso S. Isidoro, honor de nuestra patria, pero que pertenece más al siglo VII. Educado Isidoro por su hermano S. Leandro, se retiró luego á un monasterio, de donde fué arrancado para regir la sede de Sevilla, á la muerte de éste. Presidió varios Concilios de Toledo, de entre los cuales, el VIII le apellida *doctor egregio*

(1) Véase la I parte de esta obra.  
 (2) Quæs. V.

de nuestro siglo, posterior en edad á los demás, pero no inferior en doctrina.

Contemporáneo de S. Leandro, fué su sobrino S. Hermenegildo, hijo del rey Leovigildo. Casado con Ingunda, princesa católica, y admirado de las virtudes de su esposa y de los paternales consejos de su tío, Hermenegildo abjuró públicamente el arrianismo, declarándose fervoroso católico. Á partir de este momento, el joven monarca de Sevilla elevó sus miradas suplicantes á Jesucristo Sacramentado, y aunque perseguido, desterrado y engañado por su propio padre, se mantuvo firme en la fe, siendo la Eucaristía su inefable consuelo. Preso por orden de Leovigildo en una cárcel de Tarragona, dió muestras de una entereza sin igual. Era la Pascua de 586, y su padre, para conocer, sin duda, si Hermenegildo se mostraba indulgente con el arrianismo, le envió á un obispo de esta comunión con el recado de que recibiera de su mano la Eucaristía. Hermenegildo, cuyo corazón era santo, se negó rotundamente á comulgar de manos impuras. Sólo quería á Jesucristo por conducto de sus ministros legítimos. El premio de una acción tan meritoria fué la corona del martirio que sobrellevó con alegría. ¡Ejemplo sublime de celo inmenso por el Sacramento!

**673.** También merecen distinguido lugar S. Máximo, obispo de Zaragoza, que escribió sobre el Santo Sacrificio de la Misa, y muy en particular los padres que asistieron á los Concilios Toledano, Bracarense y otros españoles, celebrados en el siglo VII, siendo digno de notarse en ellos el sumo cuidado que tenían de que la Eucaristía no fuese profanada por los sectarios.

**674.** S. Juan Damasceno, nacido en Damasco y más tarde su gobernador, por insistencia del califa Hescham, de quien era consejero y general tesorero, abre paso al siglo VIII, confirmando la real presencia de Jesucristo, nuestro Salvador, en las Especies sacramentales.

**675.** Condiscípulo de este santo, Cosmas, obispo de Majuma, dedicó en este siglo á la Eucaristía elegantes y fogosas poesías, mereciendo que la Iglesia griega las cante el

Jueves Santo. Teodoro, por sobrenombre Abúcara, y obispo de Cara, que nos legó su bello *Diálogo con el sarraceno* sobre la transubstanciación eucarística, en el cual hace ver á éste con ejemplos usuales conversión tan admirable. Adriano, Pontífice Romano, elevado al trono en 772, escribió elegantemente sobre los sagrados ritos de la Misa, cuyo título era *Responsoriale de circulo anni*.

Por este tiempo se levantaron del polvo de la tierra los herejes albanenses, amigos de los gnósticos y maniqueos, los cuales rechazaban nuestro sacrosanto Misterio; pero ellos á su vez fueron también repelidos victoriosamente por los prelados.

**676.** Una gloria que jamás se borrará de nuestra historia es la reconquista española de los siglos VIII y IX, debida á la gran fe de aquel puñado de valientes cristianos refugiados en el Norte de España, pero particularmente de la que abrigaban para con el Augusto Sacramento de nuestros altares. De cuan feliz y eterna recordación sean los gloriosos nombres de estos amantes de la Eucaristía, Pelayo, Alfonso I el Católico, Alfonso II el Casto, Ramiro I, su hijo Ordoño I y tantos otros dignos españoles católicos y reyes á la vez, que empuñaban al propio tiempo la cruz y la espada, puede verse en las brillantes páginas de los anales hispanos. Sólo diré, y ya lo hemos recordado anteriormente, que aquellos Pactos eucarísticos no eran más que efectos de la fe y de la caridad que abrigaban para con la Eucaristía.

Pero no eran solamente los cristianos del Norte de España los que de tal modo se portaban, eran también los del Este. Cataluña y Aragón ganaban terreno por palmos, y lo consagraban á su mejor caudillo, á Cristo Jesús sacramentado. Prueba de aquel sólido entusiasmo es el tratado que sobre la sagrada Eucaristía compuso en el siglo IX, Ildefonso, obispo de una de las diócesis de estas comarcas.

**677.** Mas dejemos por un momento nuestras glorias, y trasladémonos á Francia, donde, teniendo lugar escenas algo tristes, confirmaron, no obstante, el dogma de la real

presencia. No se conoce el mérito de los valientes sin el combate; y del propio modo no podemos apreciar cual conviene el mérito de las obras que se han escrito en defensa de la Eucaristía, sino por el hecho de ser dirigidas cual certeros dardos contra los enemigos de la misma. Célebre era, en el siglo que recorremos, Juan Escoto Erígena, cuya patria y año en que nació se ignora, aunque probablemente se cree que era oriundo de Irlanda. Algo panteísta, logró el aprecio de Carlos el Calvo que le confió la escuela donde florecía entonces lo mejor de Francia. Habiendo tomado parte en los errores de Gotescalco, se le oyó más tarde proferir algunas blasfemias contra la Sagrada Eucaristía, que en resumen venían á negar la transubstanciación. Algunos le atribuyen un libro escrito contra este adorable Misterio, que fué condenado en el siglo XI con motivo de los errores de Berengario, pero que el sabio Le-Noir (1) juzga que no debía de ser de Erígena, aunque sí los errores que contenía. Es lo cierto, que escandalizado el pueblo fiel con los nuevos errores de Erígena, sentía sobre sí un peso enorme que no podía desechar. Entonces, Pascasio Radberto, monje de la antigua Abadía de Corbey, y desde el año 844, abad del mismo, varón ejemplar y eruditísimo, y muy versado en los Santos Padres, escribió un libro titulado *De Corpore et Sanguine Domini*, con el doble objeto de atacar á Erígena y dar á conocer á sus ilustres discípulos la verdadera y exacta noción del dogma eucarístico. Es un tratado completo de la Eucaristía, digno de ser leído y meditado, pero que algunas de sus expresiones no han de juzgarse precipitadamente. De él entresacamos siete proposiciones católicas, aunque dos de las mismas chocaron á algunos eruditos, debido á la poca atención que quizá pondrían en varios detalles referentes á la esencia del dogma. Suenan así: «1.<sup>a</sup> El Cuerpo que hay en las especies sacramentales es el mismo que nació de María Santísima, que padeció en la Cruz y que resucitó del sepulcro. 2.<sup>a</sup> La Hostia consagrada no está sujeta

(1) Dictionnaire de theolog. du Bergier, et l' abbe Le-Noir, art. Scot. Erig.

como los demás alimentos, á los efectos de la digestión y de la descomposición.» La contraria opinión se conocía con el nombre de *estercoranismo*.

Al dar á luz Pascasio su eminente obra, fué refutada por Rábano Mauro, famoso religioso y obispo de Maguncia, por cuya causa, deseoso Carlos el Calvo de ver decidida la cuestión, encargó á Ratramno, monje también de Corbey, la exposición del dogma eucarístico; pero el pobre monje, en lugar de esclarecer la contienda, lo que hizo fué embrollarla más con mezcla de algunas proposiciones heréticas, á lo cual se unía la oscuridad de estilo; mas no por eso, al quedar así la controversia, quedó también la fe del dogma en cuestión, pues siguió creyéndose como antes, porque los argumentos de Rábano Mauro iban dirigidos, no contra la esencia del dogma, sino más bien contra unos puntos que para él pasaban por demasiado peregrinos.

**678.** Sin embargo; aun cuando respecto de éstos cesó la controversia, no por eso se dejó de atacar á Erígena. El maestro Floro, cuya patria ignoramos, pues mientras unos pretenden que sea de León de Francia, otros quieren que sea oriundo de España, siendo sacerdote de aquella catedral, cuya célebre escuela dirigía, escribió un libro contra *las erróneas definiciones de Escoto*. Ilustró también la historia eucarística de su siglo, dejándonos la obra *De Actione Missæ* ó explicación del Santo Sacrificio.

**679.** Á Pascasio Radberto defendió el erudito Nicolás Mamerano, en una prefación que dirigió á Adolfo, arzobispo de Colonia, cuya pequeña obra puede verse en la Biblioteca de los Santos Padres, recopilada por Margarino de la Bigne (1).

**680.** Brilló igualmente en este siglo Remigio Antisiodorensis, monje de S. Benito y obispo de la mencionada ciudad, maestro en música, é insigne comentador de las Sagradas Escrituras, quien dió á luz un libro que contiene la exposición de la santa misa, donde la erudición y devoción se dan la mano.

(1) Tom. V.

Igualmente se distinguieron como expositores de los ritos del Sacrificio, Amalario, célebre liturgista y obispo Treviriense; Anselmo; Hincmaro, arzobispo de Reims, que se opuso fuertemente á los errores de Gotescalco; Estrabón y Fortunato; Haimo y Teofilacto sobre los evangelios, y Besiramo que trató expresamente de la Transubstanciación, en un libro que tituló: *De Corpore et Sanguine Domini*.

**681.** Llega el siglo X y el monje Herígero escribe un tratado del Cuerpo y Sangre de nuestro Divino Salvador.

Esteban, obispo Eduense da á luz otro, con el título de *El Sacramento del Altar*. En él trata del oficio y ordenación de los ostiarios, lectores, exorcistas, acólitos, subdiáconos, diáconos y presbíteros; de los ornamentos sacerdotales; de lo que se ha de observar en la misa, y finalmente del Canon de la misma, del cual se ocupa con difusión, aplicando á cada parte, tanto de éste como de toda la Misa, un misterio de la vida, Pasión y muerte de nuestro Jesús adorable. Reginón habla diffusamente de la Santa misa en los libros: *De Eclesiástica Disciplina*. Gilberto prueba que después de la consagración queda debajo de los accidentes de pan y vino el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, no sólo sacramental, sino esencialmente; Radulfo, sobre el Levítico, y Ecumenio, sobre las epístolas de S. Pablo, tratan elegantemente del Sacramento Santísimo.

Nueva época para la historia eucarística se presenta con el siglo XI. Hacia los años 1047, Berengario, arcediano de S. Mauricio, habiendo sido vencido por el sabio Lanfranco en una reyerta pública; y viendo que se le disminuían sus discípulos, los cuales pasaban á la de éste: sea por rencorosa envidia, ó por el vano deseo de celebridad, comenzó á emitir opiniones extrañas acerca de las cuales casi nada podía su entendimiento. Poco á poco se engolfó en el error, y acabó por negar la real presencia de nuestro Señor en la Eucaristía. El fundamento de que se valió para sentir infelizmente de un dogma santísimo, fueron las blasfemias del tantas veces mencionado Erígena. Mas los que tenían á su especial cuidado la dirección de las almas no estuvieron reci-

biendo golpes sin defenderse al propio tiempo. Es necesario fijarse bien en el cuadro que presenta la Iglesia en esta ruidosa cuestión, para que se pondere la vigilancia, la fe y el celo que tenía de la Eucaristía. Nada menos que nueve Concilios fueron congregados para anatematizar las heréticas blasfemias de Berengario, á los cuales concurrieron multitud de prelados y doctores, y con los que se consiguió, gracias á la Misericordia divina, la abjuración de semejantes errores por parte del referido heresiarca.

**682.** No obstante, hubo genios fecundísimos que en el calor de la controversia atacaron de un modo especial á Berengario. De ellos debemos indicar alguna cosa. S. Pedro Damiano fué uno de los primeros que se apresuraron á ahogar la herejía en su cuna. Nacido en Rávena en 988, dedicóse desde su juventud al estudio de las artes liberales. Cuando sintió que Dios le llamaba á la soledad vistió el hábito monacal, siendo desde este tiempo un asombro de penitencia; ayunaba con sus monjes á pan y agua cuatro días á la semana, y practicaba otras mortificaciones. El Pontífice Esteban le dió el capelo y el obispado de Ostia, pero tanto era su desprendimiento que los renunció en manos de Nicolás II. Predicaba mucho contra los vicios, escribía, meditaba y pasaba algunos días sin comer, hasta que le visitó la muerte en 1072. Dejó, entre muchos opúsculos, un libro que se titula: *De los Sacramentos administrados por Ministros indignos*.

**683.** El maestro Lanfranco fué otro de los que lucharon intrépidamente con el mencionado heresiarca. Oriundo de Pavía, y perito en las ciencias profanas, entró en el monasterio de Bec en Normandía, donde se dedicó al cultivo de las divinas letras. Bien pronto, usando de su invencible dialéctica, supo descubrir ricos tesoros hasta entonces escondidos. Su virtud y ciencia le elevaron á la silla de Cantorbery, donde murió en el ósculo del Señor, en 1089. Su celeberrima obra es el libro que publicó sobre la Eucaristía en forma de diálogo, en el que aparece Berengario poniendo argumentos y Lanfranco desmenuzándolos con suma